

Las publicaciones por el Cincuentenario del Instituto Otavaleño de Antropología

29

Plutarco Cisneros A.
Y SU BIBLIOTECA
CINCUENTENARIO IOA

El doctor Gustavo Alfredo Jácome nació en Otavalo el 12 de octubre de 1912. Cumple 104 años de vida y para rendirle el homenaje que se merece, se publica en esta Biblioteca el estudio del académico Francisco Proaño Arandi sobre su obra más significativa: la novela ¿Por qué se fueron las garzas?, a la que define como una novela antiindigenista.

La obra literaria en torno al tema del indio, en el Ecuador, se inició con Fernando Chaves Reyes y sus novelas La Embrujada y Plata y Bronce. En esa línea escribiría, años más tarde, Enrique Garcés Cabrera y, sobre todo, quien fuera discípulo de Chaves, en sus años escolares, Gustavo Alfredo Jácome. Él mismo dirá años más tarde, en 1994:

Tuve un gran Maestro, don Fernando Chaves, en la Escuela "Diez de Agosto", de Otavalo. Además de ser un magnífico educador, era un escritor laureado. El hizo de sus alumnos lectores de libros enteros en el 5° grado, y en el 6° ya nos enseñó a escribir cuentos. Fue la iniciación de mi vocación literaria.

Desde la perspectiva de la Antropología Social lo harán Luis León, Víctor Gabriel Garcés y Aníbal Buitrón. Desde el ámbito arqueológico, Víctor Alejandro Jaramillo y César Vásquez Fuller, para citar a los más destacados.

Todos ellos responden a la corriente indigenista que sacudió América Latina a fines del siglo XIX y, sobre todo, la primera mitad del siglo XX. Según la visión de Arturo Warman,

[...] el origen del indigenismo se remonta a la conquista, pues hasta entonces el concepto de lo indígena no existía. Surgió para distinguir globalmente a los europeos de los nativos. [...] Fue una categoría social que se aplicó en todo el ámbito del sistema colonial. Así, el indigenismo nació como una categoría del dominador para diferenciar y diferenciarse del dominado, lo cual establece su primera característica: es denominación ideológica y una corriente de pensamiento generada y sostenida por el blanco y el mestizo; un pensamiento en el que el indígena es objeto y no sujeto.

De esta particularidad, también paradójica, de tratarse de un movimiento pro-indígena asumido por no indígenas, se derivan inevitablemente algunos rasgos típicos de cierto indigenismo, como el paternalismo. Se trata de una visión que no puede dejar de sustentarse en un criterio endocultural, en ciertas categorías de análisis y prejuicios propias del grupo social mestizo intelectual al que pertenecen sus autores, lo cual origina, inevitable e inconscientemente incluso, un grado de subjetividad notable. A la actitud paternalista respecto del indígena se asocia un moralismo ingenuo y bienintencionado que se manifiesta en la consigna "salvar al indio, redimir al indio", complementado con "el indio es bueno, es trabajador", que parece estar impregnado, todavía en el siglo XX, de la polémica cuasi medieval acerca de la humanidad del indio.

La obra de Jácome, en el tema de la literatura de temática indígena, como lo señala Proaño Arandi, siendo tardía, está influenciada por esa corriente, excepto en su obra más significativa, en la que se suma a la tendencia que en América Latina la marcan J. Lara y Scorza para redefinir una nueva forma de novela.

GUSTAVO ALFREDO JÁCOME (primera parte)

Francisco Proaño Arandi



[...] la novela de Jácome es mucho más que una experiencia lingüística. Se ubica en el debate entre indigenismo, neoindigenismo y antiindigenismo, y, es, a la vez, una obra polifónica, en el sentido de que los temas abordados emergen desde distintas perspectivas y puntos de vista, ahondando en la plural y multifacética problemática indígena y, a través de ello, en aspectos fundamentales de la condición humana, en un momento y un espacio histórico específicos. El acometimiento lingüístico, sin duda primordial, atraviesa transversalmente la temática de la obra, sustentando desde el plano puramente verbal la experiencia central: lo poético.

Desde las primeras líneas de la novela, Jácome incursiona en un tema central de la historia humana y que cobra particular incidencia bajo los referentes geográficos, históricos y sociales en que transcurre su trama: el problema de la identidad. Su sola enunciación nos hace repetir: la condición fronteriza del escritor y, por ende, de su creación literaria.

Piensa que te piensa, no vas mismo a atinar dónde seguir buscándote, Andrés Tupatauchi. Todas las mañanas sales del sueño para caer en la pesadilla: ¿Pita ñuca cani? ¿Quién soy? ¿De quiénes vengo?

Lo que sospechamos es la posibilidad de que la pregunta quepa más al autor que a su criatura; es decir, al escritor Gustavo Alfredo Jácome, un blanco nacido en Otavalo, intelectual, hombre ilustrado y maestro.

Tupatauchi, naturalmente, no debería tener inseguridades con respecto a lo que es: un indígena. El autor, sí, puesto que en su configuración cultural persiste, de hecho, una antigua discordia: la pertenencia ambivalente a una y otra cultura: la indígena –con la que ha crecido familiarizado, dado el lugar de su nacimiento– y la occidental –habida cuenta de su origen étnico y de la educación contraída–, la

problemática social, mítica y, sobre todo, identitaria. Esto último como tema de fondo y ya evidenciado en lo que será el otro gran parámetro singular de esta novela: la aventura del lenguaje, el vasto intento del escritor por expresar en profundidad el universo lingüístico, no solo de la tierra solar que le vio nacer, Otavalo, sino de todo el contexto sociocultural andino ecuatoriano.

Por qué se fueron las garzas, que tiene como tema central al indígena de la región de Otavalo, supone un alejamiento y una superación de la novela indigenista.

Cabe al respecto abordar algunas de las diferencias que sustentan este aserto.

En primer lugar, Jácome describe un mundo distinto al que existía cuando Icaza redactaba su novela. En los años setenta del siglo XX la sociedad era otra y la reforma agraria de 1964 había dejado su impronta de buenos y malos efectos. La etnia otavaleña, como hemos visto, se organizaba alrededor de reivindicaciones esenciales, como las de exigir al Estado el respeto a su cultura y el reconocimiento del carácter multidiverso de la sociedad ecuatoriana.

El propio Jácome marcará esa diferencia:

Me propuse describir al nuevo indio, con alma, con sentimientos de raza, con orgullo de su sangre india. Huasipungo habíase convertido en una novela de cartel que desfiguraba al indio y le pintaba únicamente como un ente de necesidades animales. Utilicé mis propias vivencias. Yo soy testigo de los anhelos de superación de los indígenas de las comunas antes indicadas. Y también de sus equivocaciones, una de las cuales era un complejo de superioridad (reverso adleriano del complejo de inferioridad). Me metí en el alma del indio con intuiciones introspectivas. Inventé eso del apellido Tupatauchi en el nombre del protagonista Andrés Tupatauchi y su ascendencia incásica para justificar el argumento y su final incestuoso.

Por otro lado, el realismo social naturalista había fenecido como programa estético hegemónico y en su lugar se debatía la necesidad de una nueva escritura, acorde con los tiempos que se vivían y la influencia de modelos literarios que provenían del resto de Hispanoamérica y del mundo. En el interior del país comenzaban a aparecer obras literarias que evidenciaban esa transformación en profundidad de la escritura literaria, sin abandonar las posiciones progresistas y la permanente inquisición frente a las estructuras inequitativas que existían y aún perduran en el país.

La novela de Jácome se muestra tributaria de todo este clima social, político y cultural de fines de los años setenta del siglo pasado, pero, de modo primordial, como un correlato de la realidad emergente en su entorno inmediato: su natal Otavalo.